

La biblia: elementos de humanismo integral

María Enriqueta González Padilla

Hacia la mitad del siglo I antes de Cristo, un israelita piadoso de la diáspora, radicado en Alejandría y autor de un libro sapiencial deuterocanónico, puso en labios de Salomón estas palabras:

Por eso pedí y se me concedió la prudencia;
supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría.
Y la preferí a los cetros y a los tronos
y en nada tuve la riqueza en comparación de ella.
(Sabiduría 7, 7-8)

Permítaseme tomar la cita que acabo de hacer del Libro de la Sabiduría para introducir este breve ensayo sobre los principales elementos del humanismo bíblico.

En estos años con que principia nuestro siglo, poco tiempo después de la inesperada caída del comunismo ateo, y cuando una ola de terror amenaza destruir la civilización y el mundo, los humanistas que siempre hemos puesto nuestra creencia en un Dios trascendental y fincamos en los valores perennes, buscamos reencontrar el sentido de las humanidades reavivando y encarnando el espíritu que las ha inspirado desde antiguo y que dio origen y fecundidad a la cultura occidental: la Biblia, el gran libro en el que la Palabra de Dios quedó recogida en la palabra humana, para ser, a partir de ahí, recitada, interpretada, difundida, meditada, celebrada, vivida, desde los primeros días en que comenzó a organizarse el pueblo de Israel. Esta palabra, donde el Eterno se dignó a revelar al hombre sus planes, los cuales son designios de amor, de misericordia, de benevolencia, de bendición. ¿Qué puede ser más conmovedor que el relato de la creación del hombre en aquel prodigioso jardín de delicias, que el Señor, como un novio que amuebla la casa para su prometida, preparó para la humanidad? Sé que la crítica racionalista, al revisar estos primeros capítulos bíblicos y percatarse de la sencillez con la que el autor sagrado nos habla de la creación del hombre y de su caída, se complace en señalar que no es lógico que el hombre haya perdido su bienestar por comerse una fruta. ¡Irrisorio razonamiento de quienes no ven en la parábola del Génesis el recurso literario para hacer comprensible a los oyentes de todos los niveles, lo mismo sabios y eruditos, que ingenuos y hasta primitivos, la exis-

tencia de una prohibición expresa del Creador hacia una criatura totalmente dependiente de él, como es el hombre, y la injusticia e ingratitud de éste al rebelarse contra esta prohibición y conculcar el mandato divino!

82 A propósito del Génesis, no pasemos por alto, puesto que vivimos en una época en que, desde el psicoanálisis hasta la química molecular y la genética, las ciencias se esfuerzan en esclarecer los fundamentos de la especie a la que pertenecemos; una época en la que el absurdo o el escepticismo parecen para muchos la única definición posible de lo humano, con cuántos datos ilumina la Biblia a través del orientalismo de sus narraciones nuestro origen, nuestra identidad, nuestros predicamentos: semejanza con Dios, supremacía del hombre sobre todas las criaturas de la tierra, necesidad mutua del hombre y la mujer, naturaleza remunerativa de la relación entre Dios y los hombres, insidia del demonio contra el plan divino, rebeldía del hombre contra Dios, sentimiento de culpa, muerte espiritual y muerte física, ruptura de la armonía entre el universo y el hombre. Con todo, nos dice la Biblia, Dios no abandona a la humanidad en la catástrofe: compadecido, extiende su brazo para que lo encuentre quien lo busque, y promete al hombre que el linaje de la mujer quebrantará la cabeza del enemigo. (Génesis 3, 15) En cumplimiento de esta profecía, a través de su pacto con los patriarcas, del último de los cuales, Israel, habría de formarse como el pueblo más insigne de la antigüedad, el Señor mantuvo encendida su luz sobre las naciones y ardiente la esperanza en su Mesías, en quien habría de ser el Redentor, el nuevo Adán, la cabeza renovada y renovadora de la humanidad. Cuando éste apareció entre los hombres, Palabra del Eterno hecho carne, sustancia de su sustancia, fue su nombre Jesús, cuya etimología es "Yahvé que salva". Vino así a tener cumplimiento ese inefable misterio de misericordia y amor que se resume en estas palabras: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito para que el que crea en él no perezca y tenga la vida eterna". (Juan 3, 16)

Porque la Biblia es un libro de amor, del más sublime amor que pueda imaginarse, su contenido es maravillosamente concreto y al alcance de todos. Sin duda esta cualidad la tiene la Biblia por la innegable indisposición de sus autores frente a la abstracción: el hebreo es por excelencia la lengua de las cosas y de los hechos concretos; pero hay otras razones: todas las personas, los acontecimientos y los objetos son considerados en la Biblia desde un punto de vista vital. La Biblia es la epopeya de la vida y un himno a la vida. El único problema es *vivir*, y por lo tanto saber en qué consiste la vida y llegar al conocimiento de lo que se debe pensar y hacer para vivir.

Siglos antes que el ateo Sartre, y al revés de él, de modo del todo positivo, la Biblia nos plantea las enormes posibilidades de la libertad y de la existencia. La suya es una creencia y una moral existencialistas. Yahvé Dios ha puesto ante el hombre su ley y su alianza, y el hombre es libre de aceptarlas o

rechazarlas. La dramática decisión del libre albedrío humano se convierte de modo ineludible en vida o en muerte.

La Biblia nos enseña cómo optar por la vida. Para ello se apoya en la experiencia. Presenta y analiza toda una galería de vidas humanas con su impresionante desfile de personajes, siempre ejemplares, aunque no siempre edificantes. Examina cómo se les hizo patente en situaciones concretas la ley de la vida, y hasta dónde fueron felices si se decidieron a seguirla. Las opciones decisivas, existenciales, de Adán, el primer hombre; de Abraham, el hombre de fe; de José, el justo perseguido; de Moisés, el libertador de Israel; de David, el rey según el corazón de Dios; de Isaías y de los otros profetas que se sintieron llamados, a veces a pesar de sus eventuales repugnancias, a dar testimonio de un Dios trascendental; de Jesús, que al encarnarse le dice al Padre: "heme aquí para hacer tu voluntad"; de María, "la esclava del Señor"; de Pedro y de los apóstoles que dejan todo para seguir a Jesús; de Pablo, para quien "vivir es Cristo", y de tantos otros, son ejemplos de toma de compromisos decisivos frente a predicamentos vitales que involucran toda la entraña de ser y que no tienen camino de regreso.

83

La Biblia establece por tanto un código de sinceridad y de autenticidad: a Dios no lo podemos engañar. La creencia debe ser congruente con la vivencia. Ya desde el Antiguo Testamento Dios aborrece la hipocresía: "¿Qué tienes tú que recitar mis preceptos,/ y tomar en tu boca mi alianza,/ Tú que detestas la doctrina,/ y a tus espaldas echas mis palabras?", reza el Salmo 50, 16-17. Jesús dice que el Padre quiere hallar adoradores "en espíritu y en verdad" (Juan 4, 23-24), e Isaías reprocha el formulismo con palabras que son todo un programa de vida:

¿Acaso el ayuno que yo he escogido no consiste en esto:
romper las cadenas injustas,
desatar los nudos opresores,
dejar en libertad a los oprimidos,
quebrantar toda especie de yugo?
¿No consiste acaso en partir tu pan con el hambriento,
en albergar en tu casa a los desgraciados sin asilo,
y, si ves a un hombre desnudo, en cubrirle,
en no volver tu rostro ante tu propia carne?

(Isaías, 58, 6-7)

La beneficencia se convierte en culto a Dios.

De acuerdo con lo que he venido diciendo, la Biblia es un manual de humanismo práctico. Nunca nos presenta las alternativas vitales de seguir nuestra vocación divina o de rechazarla como objetos especulativos, como mera

teoría, sino que las impone a nuestra conciencia como necesidad moral, como ley de vida y como pauta de convivencia con Dios y los hombres.

Por otra parte, frente a los huecos espejismos de la suficiencia humana, la Biblia nos invita a aceptarnos en nuestra verdadera dimensión de criaturas dependientes de un Dios a quien todo le debemos. De ahí las grandes paradojas bíblicas de humildad y de grandeza, categoría esta última a la que no lograremos acceder sin esfuerzo, e incluso, sin padecimiento ni dolor. La obediencia que es decisión libre de sometimiento del propio juicio y de la propia voluntad a la intimación divina es el camino de la fecundidad y de la vida. En nadie mejor que en Cristo se manifiesta realizada esta grandeza humilde. Héroe bíblico por excelencia, triunfa porque, como dice Pablo,

84

...siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente
el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tomando condición de siervo,
haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su porte como un hombre;
y se humilló a sí mismo
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios lo exaltó
y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre.

(Filipenses 2, 6-9)

El propio Cristo había dicho: "Si el grano de trigo no muere, queda infecundo, pero si muere da mucho fruto". Todo el cristianismo se asienta sobre este principio del sacrificio libremente aceptado y fecundo en unión a la pasión de Jesús.

Partiendo de nuestra realidad, la Biblia no retrocede ante la gama inmensa de debilidades humanas. En tanto que el clasicismo se esfuerza en presentarnos un ideal de perfección humana en buena medida irreal y esteticista, la Biblia nos muestra en el hombre de pecado y de iniquidad cómo la iniciativa divina es capaz, mediante un desarrollo a la vez orgánico y dinámico, de transformar la vida y la personalidad. Así, para ella, todo el drama de la condición humana se sitúa al nivel de la respuesta del hombre, en el momento en el que éste presta o no libremente su concurso a la solicitud divina. El asentimiento de la voluntad al requerimiento del Creador, lejos de enajenarla, simplifica, consolida y perfecciona al hombre. El pecador vive dividido entre el mandato de Dios que se manifiesta a su conciencia y su propia inclinación. El justo, liberado de la esclavitud de sus pasiones, florece en la sencillez, la libertad y

la alegría. Su decisión de suscribir el plan divino se convierte para él en paz, en sabiduría, en virtud y en energía moral. Es fuente creadora de donde procede el bien que el Espíritu inspira y realiza a lo largo de la historia humana en convergencia con el plan de Dios. Propuesta, aceptación, consagración, comunión, son, como señala Jean Laloup,¹ las vías de la moral bíblica.

Para expresar la unión de voluntades, divina por un lado, humana por otro, el Dios de la Biblia, que es un Dios personal, un Dios que interviene en la historia, celebra desde antiguo una serie de alianzas con el hombre: el pacto del Edén; el pacto con Noé, después de la destrucción parcial de la humanidad por el diluvio; el pacto con Abraham, promesa reiterada de posesión de la tierra prometida y de una descendencia más espiritual que física, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar; el pacto con Moisés, solemnísimamente celebrado en la teofanía del Sinaí; el pacto con David, augurio de un reinado eterno; el pacto con el pueblo escogido, proclamado una y otra vez por los profetas antes y después del destierro; el pacto eximio de la Nueva Alianza cuyo rey, profeta y sacerdote es el mismo Cristo Jesús, de donde nace el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, no circunscrito ya a una entidad étnica, a un país o a una raza, y en el que se agrupan toda la gente y naciones bautizadas en el agua y en el Espíritu.

85

Todos estos pactos, que en realidad son uno solo, renovado y perfeccionado a través de los siglos, se sintetizan en la imagen bíblica del desposorio. Será como en Oseas el matrimonio de Yahvé con su pueblo; la reconciliación de éste con Dios después de que Él le haya perdonado sus infidelidades, sus “adulterios”, como dice atrevidamente el profeta; o la Sabiduría Divina, objeto del amor y del interés supremo del hombre tal como se nos muestra en el libro de los Proverbios y en el propio libro de la Sabiduría: “Yo la amé y la pretendí desde mi juventud;/ me esforcé por hacerla esposa mía/ y llegué a ser un apasionado de su belleza”. (Sabiduría 8, 2) O será el amor de los esposos, tan bellamente ponderado en “El cantar de los cantares”, que en opinión de los exégetas no sólo exalta la hermosura del amor conyugal, tierno, leal y honesto, sino que simboliza la unión del alma con su Dios, tal como la entendió con mística osadía san Juan de la Cruz, que se inspiró en este libro bíblico para componer su angélico *Cántico espiritual*:

La esposa

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
Habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eras ido

¹ Jean Laloup, *Bible et classicisme*. Tournai, Bélgica, Casterman, 1958.

Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquél que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.

86

Pregunta a las criaturas

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

Respuesta de las criaturas

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura.

En los Evangelios, Cristo Jesús nos dejó muchas parábolas en las que se representa a sí mismo como el esposo. Basta recordar por ahora la de las vírgenes necias y las vírgenes prudentes en Mateo 25, 1-2; y en el Apocalipsis, la historia de las relaciones de Dios con la humanidad que termina en la gran apoteosis de “la ciudad santa, la nueva Jerusalén”, que baja del cielo “de junto a Dios, engalanada como una novia para su esposo”, que no es otro que el Cordero que murió por ella, Cristo Jesús. (Apocalipsis 21, 2) San Pablo, en fin, en su carta a los efesios (5, 21-33), propone el ejemplo de la relación Cristo-Iglesia como el modelo de amor que debe prevalecer entre marido y mujer, excelentes consejos para recordar en una época que ha perdido por mucho y debe reencontrar la fe en la institución matrimonial.

La mención del Apocalipsis nos lleva espontáneamente a recordar cómo la Biblia es un libro existencial por excelencia, que da respuesta a una de las interrogantes más angustiosas del hombre: el más allá; ese misterio ante el cual la ciencia enmudece y la filosofía palidece. Sí, porque ¿dónde encontrará el hombre respuesta al problema de la muerte? ¿Cómo lograr que la perspectiva del aniquilamiento de esa unión íntima y solidaria de lo espiritual y

de lo físico que sustenta nuestra naturaleza humana no nos llene de ansiedad y nos paralice? Escapar mediante la distracción, el *divertissement* pascaliano, a la obsesión de la muerte; tratar de dominar esa obsesión mediante una representación racional y cerrada de la vida terrestre, son las dos maneras como suele volverse soportable la existencia, si no se cree en el más allá.

Pues bien, en respuesta a este problema, ya desde el Antiguo Testamento anticipaba la Biblia la fe en la vida después del sepulcro y en la resurrección de la carne que habría de revelarse en toda su plenitud en el Nuevo Testamento. Así es como exclamaba Job:

Yo sé que mi Defensor está vivo,
y que él, el último, se levantará sobre el polvo.
Tras mi despertar me alzaré junto a él
y con mi propia carne veré a Dios.
Yo, sí, yo mismo le veré,
mis ojos le mirarán, no ningún otro.
(Job 19, 25-27)

87

Y como Ezequiel, para no mencionar sino a uno de los profetas mayores, formula su famosa profecía de los huesos secos:

Así dice el Señor Yahvé a estos huesos: He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os infundiré espíritu y viviréis; y sabréis que yo soy Yahvé.
(37,5-6)

Mas lo que eran barruntos antes de la venida de Cristo, en los discursos de éste se tornan promesas concretas. ¿Quién no ha leído con absorbente interés y con profundísima esperanza en el capítulo sexto del Evangelio de san Juan “El discurso del pan de vida”, donde Jesús hace la promesa explícita de la resurrección?

En verdad, en verdad os digo:
el que cree, tiene vida eterna.
Yo soy el pan de la vida.
Vuestros padres comieron el maná
en el desierto
y murieron;
éste es el pan que baja del cielo,
para que quien lo coma no muera.
Yo soy el pan vivo, bajado del cielo.
Si uno come de este pan, vivirá para
siempre;

y el pan que yo les voy a dar,
es mi carne por la vida del mundo.
(6, 47-51)

Penetrado de este misterio, tras haber aleccionado a sus discípulos sobre la primacía dogmática de la resurrección, Pablo lanza en palabras lapidarias su reto a la muerte:

Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: la muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

88

(1 Corintios 15, 54-55).

Asimismo, por el método de la revelación progresiva, que es propio de la Biblia, el amor entre los hombres al que antes aludí con la cita de Isaías, cobra en el Nuevo Testamento su perfección y su plena universalidad. No bastará devolver ojo por ojo, diente por diente, la antigua ley del talión. No será suficiente amar a los que nos aman y aborrecer a quienes nos odian, enseña Jesús (Mateo 5, 38-48). Hay que llegar hasta el fin: "...yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos". El propio Cristo habría de dar el ejemplo más sublime de este amor cuando, crucificado y escarnecido por los notables de su pueblo, así como por los gentiles, prorrumpe en aquella plegaria memorable que nos conserva Lucas, el evangelista de la mansedumbre de Jesús: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". (Lucas 23, 24)

Fue este fermento del amor universal, imbuido en las convicciones y en la conducta de los primeros cristianos, una de las principales causas de cambio en la sociedad del imperio romano de los primeros siglos después de Cristo. Así vemos a Pablo aleccionando al rico Filemón respecto al trato que debe darle a su esclavo Onésimo, que se había fugado de la casa de su amo, y que ahora, convertido, está dispuesto a regresar a servirlo, ya no sólo en calidad de esclavo, "sino también en el Señor". (Filemón 16) Sin recurrir a asambleas y parlamentos, a complots ni revoluciones, este sabio cristianismo primitivo estableció, quién lo hubiera dicho, el amor entre el amo y el esclavo como base de igualdad social. ¡Cuán diferente del principio marxista del odio por el odio y de la lucha de clases que por tantas décadas atronó nuestros oídos y estuvo en riesgo de destruir toda civilización!

En el aspecto formal, hay que hacer hincapié en que la Biblia es extraordinariamente rica y variada. Pese a su maravillosa unidad, los setenta y dos

volúmenes bíblicos más que un libro son una biblioteca en la que conviven en amistosa simbiosis prácticamente todos los géneros literarios: el relato tradicional con variantes, como sucede en el Génesis; la Ley o Torá, que dimana de Yahvé y por la cual los israelitas, pueblo teocrático, deben regir sus relaciones con el propio Dios y con ellos mismos entre sí. Esta ley es catequéticamente repasada en varios pasajes del Pentateuco; la narración histórica, que nos habla de las vicisitudes de este pueblo y que se convierte en epopeya en el Exodo, donde el autor sagrado da cuenta de la emancipación de Israel, del poder de los egipcios, de su nacimiento como nación libre bajo el patrocinio de Yahvé y del liderazgo de Moisés. Momento sublime aquél donde, con estilo hiperbólico, la Biblia canta las hazañas de Dios libertador que saca a su pueblo de la esclavitud con el prodigioso concurso de la naturaleza que hace retroceder su marea para permitir a los evadidos cruzar el mar a pie enjuto. Esta epopeya culminará con la conquista de Canaán, donde el pueblo, tras haber vivido errante cuarenta años en el desierto, puede establecerse definitivamente en la tierra prometida; el relato épico, en el que se realzan los hechos de los héroes que la Biblia llama “jueces”, los cuales providencialmente surgen para conducir a Israel a defenderse e incluso a triunfar sobre sus enemigos; el género bucólico, en el delicioso libro de Ruth; el relato de aventuras, parecido a veces a las narraciones del oeste norteamericano, en las escaramuzas que David y sus compañeros prófugos tienen que realizar para huir de los celos y de la venganza de Saúl; el drama, en los doloridos lamentos de Job y en sus diálogos con sus amigos y con el propio Yahvé; la crónica, en la reseña y compendio de numerosos acontecimientos antes y después del exilio en Babilonia; la filosofía de la historia, en la reflexión sobre el sentido de las tribulaciones de Israel a la luz de los mandamientos y de lo que la Biblia llama “temor” –respeto, amor y obediencia– a Yahvé; el poema lírico, en el Cantar de los Cantares a que me referí antes; la novela ejemplar con base histórica, como en los libros de Ester, Tobías y Judit; el proverbio y la reflexión moral, derivados de la experiencia humana, como en el libro de los Proverbios y en el Eclesiastés, pero sometidos siempre a los criterios divinos; el oráculo, la sátira, la anécdota, la visión, el sermón, la parábola, como en los libros de los profetas. Entre todos éstos, mencionemos a Isaías, el sublime cantor cuyos labios purificó Yahvé con un tizón encendido, y en cuyos escritos, ya desde el siglo VII a. C., alcanza el hebreo su madurez literaria. No podríamos terminar esta breve reseña de los géneros literarios del Antiguo Testamento, sin recordar, aunque sea de manera breve, el libro de los Salmos, antología de ciento cincuenta poemas en la que se conservan las plegarias con que Israel oraba cotidianamente a Dios. Encontramos en esta antología himnos, súplicas individuales y colectivas, profecías, acciones de gracias, cantos para solemnizar los actos de culto y las ceremonias públicas, lo mismo que para la oración

individual e íntima, como el preciosísimo Salmo 51 o Salmo Miserere con el que David, contrito de su culpa tras haber asesinado al marido de Betsabé, pero lleno de confianza en la misericordia divina, confiesa su pecado y pide a Yahvé que se apiade de él y lo renueve interiormente:

Tenme piedad, oh Dios, según tu amor;
por tu inmensa ternura borra mi delito;
lávame a fondo de mi culpa
y de mi pecado purifícame.

...

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
un espíritu firme dentro de mí renueva;
no me rechaces lejos de tu rostro
ni retires de mí tu santo espíritu.

90

Nótese cómo las reiteraciones de la poesía hebrea, cuyo recurso básico es el paralelismo de las ideas y de las locuciones, sirven a la perfección al propósito didáctico al cual están sumisos todos los géneros literarios en la Biblia.

En el Nuevo Testamento subsiste la variedad y la yuxtaposición de los géneros. Los Evangelios son ante todo testimonio, pero comprenden también en sus relatos profecías, discursos doctrinales, exhortaciones, plegarias e incluso poemas, como el exultante “Glorifica mi alma al Señor” de la Virgen María. Los Hechos de los Apóstoles son una amena y vívida narración de aventuras cristianas, en la que se siente palpar la fuerza y la alegría del Espíritu Santo que Jesús derramó sobre la naciente Iglesia en Pentecostés, lo cual presta a este libro una frescura memorable. Las epístolas de Pablo, de Santiago, Pedro, Juan y Judas son eso: cartas de tipo dogmático y moral, pero ¡cuántas explosiones líricas hallamos en ellas, junto con apologías, himnos, filípicas y disertaciones de los autores! El Apocalipsis, en fin, es un final digno de toda la colección. Su contenido nos intriga con sus misteriosas visiones, vertidas en un estilo que describe gráficamente y con maravillosa plasticidad la persistente lucha entre el bien y el mal, y la expectación de la Parusía, la segunda venida de Jesús ya resucitado y glorificado “El que es, El que era, El que vendrá”, cuya majestuosa figura domina toda la obra.

En vista pues de su contenido y de su forma, ¿cómo sorprendernos de que la Biblia, libro dinámico, existencial y totalmente abierto al porvenir, siga siendo en nuestro tiempo la obra de mayor tiraje publicitario en el mundo? ¿Cómo ignorar que ella, en cuanto palabra divina, haya ejercido y siga ejerciendo su influencia más o menos evidente, pero siempre decisiva en los temas, y en el estilo de los escritores y de los artistas de ayer y de hoy? Baste citar en este sentido la herencia cultural de la Edad Media, la eclosión maravillosa

del Renacimiento, y más cerca de nosotros, a los románticos, a los simbolistas, a los existencialistas y a los mismos autores del teatro del absurdo, cuya obra, precisamente por su rechazo y por su rebeldía frente al cristianismo tradicional, no hace sino poner más en evidencia el vacío y la confusión que causa en la humanidad la falta de fe y de confianza en Dios. No tenemos ahora el espacio que requeriría rastrear la fecundísima influencia de la Biblia en la cultura de occidente. Baste con hacer hincapié en que ella es un documento de humanismo básico y de vigencia perenne. Esto es posible aunque paradójico porque, insistimos, en la Biblia toda la realidad del hombre, de la vida y de la historia se conciben de modo teocéntrico. Esta actitud, contrariamente a lo que pudiera pensarse, no arruina el prestigio ni el valor del hombre, sino que le hace encontrar su verdadero sitio en el universo: el de criatura dependiente del Creador que le ha dado capacidad para dominar todas las cosas, siempre que tenga la modestia de reconocer que en última instancia todo se lo debe al Supremo Hacedor.

91

Si por otra parte humanismo significa concepción y valoración coherentes del hombre, reiteramos que la Biblia es y será siempre fuente insustituible y esencial de humanismo, porque sus fines y sus métodos propios iluminan y completan vastísimas esferas de conocimiento, donde la ciencia y la filosofía no pueden penetrar; porque la Biblia da cuenta del origen y destino del hombre más allá de esta vida, proporciona bases y motivaciones de auto-respeto y de fraternidad universales, de purificación y reconciliación del hombre con Dios, consigo mismo y con sus semejantes, de confianza en el sentido providencial y último de la Historia y de perfeccionamiento individual y colectivo.

Será preciso con todo, al abordar el humanismo bíblico, ponernos en guardia frente a un peligro por lo que hace a la concepción humanística que nos ofrece la Biblia. Me refiero a la tendencia del filósofo, del científico, del hombre de estudios en general, a reducir el humanismo a una visión puramente racional y lógica. Dios y su palabra no son absurdos, pero desbordan infinitamente en designios y en procedimientos los parámetros de la inteligencia y de la experiencia humanas. Si Dios pudiera encerrarse en nuestra mente, no sería infinito. Así lo comprendió fray Luis de León, lector asiduo de la Biblia, al traducir libremente el admirable Salmo 19:

Los cielos dan pregones de tu gloria,
anuncia el estrellado tus proezas,
los días te componen larga historia,
las noches manifiestan tus grandezas.

No hay habla ni lenguaje tan diverso
que a aquesta voz del cielo no dé oído;

vuela esta voz por todo el universo,
su son de polo a polo ha discurrido.

...

Tú limpia en mí, Señor, lo que no alcanzo,
y libra de altiveces la alma mía,
que si victoria deste vicio alcanzo,
derrocaré del mal la tiranía.
Darásme oído entonces; yo contino
diré: mi Redentor, mi bien divino.

92

La Biblia es también el gran libro de la naturaleza en que los portentos muchas veces incomprensibles de Dios están patentes. Ella ha rescatado para el hombre el sentimiento de admiración, requisito de la fe, que debe prevalecer en nuestro ánimo frente a los proyectos y las realizaciones divinas. ¿No es acaso la creación uno de los instrumentos por los que la trascendencia de Dios se nos hace cotidianamente palpable? ¿Cómo respondió Yahvé a los doloridos reclamos del sufriente Job?

¿Quién es éste que empaña el Consejo
con razones sin sentido?
Ciñe tus lomos como un bravo;
voy a interrogarte y tú me instruirás.

¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra?
Indícalo, si sabes la verdad.
¿Quién fijó sus medidas? ¿lo sabrás?
¿quién tiró el cordel sobre ella?
¿Sobre qué se afirmaron sus bases?
¿quién asentó su piedra angular,
entre el clamor a coro de las estrellas del alba
y las aclamaciones de los Hijos de Dios?

...

Y Job respondió a Yahvé:
¿He hablado a la ligera!, ¿qué voy a responder?
Me taparé la boca con mi mano.
Hablé una vez... no he de repetir;
dos veces... ya no insistiré.

(38, 1-7; 40, 3-5)

Y en frases no contundentes, sino alentadoras, Mateo nos dice cómo, en el Sermón de la Montaña, Jesús, artista nato, nos enseña a admirar la obra del Padre:

Mirad los lirios del campo, cómo crecen: no se fatigan, no hilan; pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? (6, 28-30)

Sí, la Biblia nos enseña además que podemos confiar y abandonarnos a la bondad divina. Ella pone ante nuestros ojos constantemente nuestra condición de peregrinos en marcha hacia la eternidad. Su mística es la mística del viaje, significada ya desde el Antiguo Testamento por el éxodo anheloso de los hebreos a la tierra prometida. Será breve nuestra estancia en este mundo y no necesitamos acumular muchos bienes temporales, porque el Padre cuida de nosotros. Nos bastará con adquirir un solo bien, la perla preciosa de la sabiduría, que recompensará de sobra todos nuestros esfuerzos. Así es como la Biblia nos enseña a simplificarlos, porque en términos absolutos, "Dios es el único objeto digno del entendimiento humano".²

93

El hombre es un ser en constante proceso de superación. Con persistencia indomable aplica su entendimiento y su voluntad al logro de las metas que su imaginación le propone; y una a una, logradas esas metas, se siente aguijoneado por el afán de sustituirlas por otras, menos deleznable, menos precederas. Diríase que no se contenta con ser lo que es y que en el fondo de sí mismo subyace una insaciable sed de rebasar su propia esencia. Bien lo comprendió así el Enemigo de la humanidad cuando engañosamente propuso a la primera pareja la tentación de ser "como dioses". Mas por tratarse de un afán inherente a su naturaleza, de algo que el Creador mismo puso en él, pese a todos los fracasos que reseña la historia, el hombre no ha cambiado en esto, y de múltiples maneras sigue aspirando a divinizarse, porque ser como Dios radica en la naturaleza última de lo humano.

Pues bien, el asunto de la Biblia puede definirse como un camino para enfrentar tan impresionante reto. A la sed inagotable de verdad, de amor y de absoluto que atormenta al hombre, la Biblia responde revelándonos cómo Dios mismo se humaniza para elevar nuestra naturaleza al rango divino. Él puede hacerlo eficaz y cabalmente. ¿Qué otra cosa si no esto nos ofrece ese misterio inefable de la inhabitación de la Trinidad Divina en nosotros que Jesús prometía a sus discípulos en las exquisitas confidencias del Sermón de la Cena, cuando orando al Padre celestial decía: "Yo les he dado la gloria que tú me diste/ para que sean uno como nosotros somos uno/ yo en ellos y tú en mí... quiero que donde yo esté/ estén también conmigo". (Juan 17, 22-24) Sí, una participación del Ser divino, de su poder, de su bondad, de su serenidad, de su hermosura, de su habilidad creadora, de todos los atributos di-

² El dicho es de san Juan de la Cruz.

vinos, es lo que el hombre busca; una comunión total con el Amor que no desfallece ni cambia es lo que la Biblia nos promete, y en ello va implícita toda esa participación. El ánimo inquieto de Agustín, aquel joven que habría de convertirse en santo e iluminar al mundo de la filosofía y de las letras con la sublimidad de sus escritos, lo comprendió así cuando, tras haber bebido hasta las heces, el acíbar de las falsas humanidades, hablando con su Creador exclamaba: “Nos creaste para ti, y el corazón no descansa hasta que reposa en ti”.

94

He ahí algo que concierne directamente a las humanidades, tal como estamos tratando de redefinirlas, porque hoy más que nunca nos urge encontrar un humanismo auténtico que en los principios del siglo XXI se proponga metas perdurables. Un humanismo integral que nos permita corregir las aberraciones del pasado y que mire también al porvenir, porque abarque el doble destino para el que, individualmente y como especie, fuimos creados: el tiempo y la eternidad, que se conjugan de modo inevitable, porque grávidos estamos en el mundo de los seres que seremos para siempre.

Hoy soplan vientos nuevos en la historia. Sus signos son del Espíritu. Son vientos refrescantes que nos alientan a reestructurar nuestro humanismo a la luz de la revelación perenne. Más que los clásicos grecolatinos, lo digo sin ningún desdén, esta Revelación es la herencia preciosa que ha inspirado la cultura de occidente y la pauta para aquilatar los valores que toda civilización propone. Sin su estudio, sin su comprensión, todo intento de formación queda trunco. Los tiempos del materialismo ateo han pasado. Empezarán a pasar también los del capitalismo a ultranza que oprime y margina al pobre para entronizarse. Más pronto de lo que anticipamos las nuevas generaciones se darán cuenta del error de pretender construir una civilización sin Dios y volverán a buscar y a interpretar el ideal siempre antiguo y siempre nuevo del cristianismo, tal como lo muestra la Biblia. El hombre de hoy, si quiere florecer, debe marchar decidido al reencuentro con Dios y al reencuentro con sus semejantes. He ahí el humanismo integral.

Bibliografía

ROBERT, A., y A. Tricot, *Iniciación bíblica*, trad. de Juan M. Abascal. México, Jus, 1967.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Historia y antología de la poesía española*. Madrid, Aguilar, 1950.

UBIETA, Ángel, et al., *Biblia de Jerusalén*, ed. española revisada. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1985.